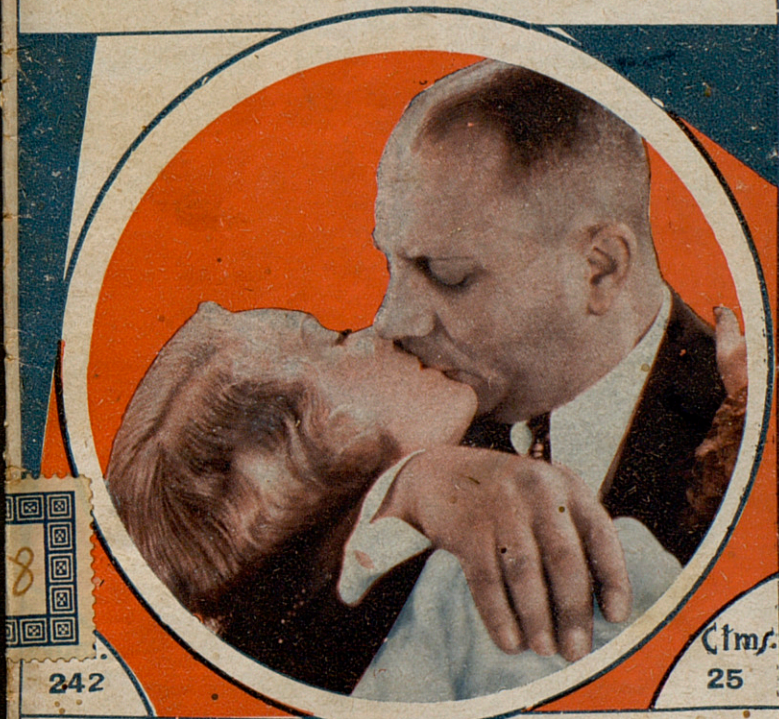


FILMS de AMOR

TRES DE CARA A ORIENTE



242

25

CONSTANCE BENNET-E. VON STROHEIM

DEL RUTH, Roy



FILMS DE AMOR

EL IDEAL DE LOS AFICIONADOS

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
VALENCIA, 234-APARTADO 707-BARCELONA

DEPÓSITO GENERAL DE VENTA EN BARCELONA:
SOCIEDAD GRAL. ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
CALLE DE BARBARÁ, NÚMEROS 14 Y 16

APARECE LOS JUEVES

AÑO VI

NÚM. 242

Tres de cara a Oriente

(THREE FACES EAST 1930)
Adaptación en forma de novela de la película
del mismo título, interpretada por la gentil
estrella de la pantalla

CONSTANCE BENNETT

Narración literaria de ANTONIO GUASCH

Producción WARNER BROS

Distribuida en España y Portugal por

Cinematográfica ALMIRA

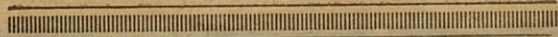
Rosellón, 210

Barcelona

REPARTO

Frances Hawtree, espía inglesa . . .	Constance Bennett
Valdar	E. Von Stoheim
Arthur Chamberlain	Anthony Russell

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



Formación militar, estandartes al sol de las victorias, órdenes y toques de clarín. ¿Qué ocurre al frente occidental una mañana de otoño del año 1917? Sencillamente, el Rey Alberto de Bélgica, con todo el prestigio de su aureolada figura y su séquito y Estado Mayor, va a condecorar a un héroe.

Por entre las filas de los soldados que fueron sus compañeros de lucha, frente al batallón que le cobijó bajo su bandera, avanza, apoyado en mulétas, el Teniente Vallar. Es alto, delgado y tiene todo el tipo del militar de vocación. Su rostro es pálido, sus maneras distinguidas, sin afectación.

Le acompañan las miradas de afecto de sus compañeros y de consideración de sus jefes. Al llegar ante el soberano de Bélgica, se cuadra y hacia él avanza Alberto I. Los clarines dan un toque de atención y las fuerzas presentan armas. Silencio en las filas. El Rey, con una condecoración en la mano, avanza hacia el teniente Valdar. Momento de emoción indescriptible, los ojos de todos fijan su mirada en el soldado lisiado... los corazones latén con fuerza.

—Teniente Valdar, en recompensa a su valor, Bélgica le recompensa, y por mi mano

prendo esa condecoración en ese pecho valeroso... lo único que lamento, es que sus heridas le obliguen a dejar el servicio militar.

Con un gesto lleno de noble sencillez, el Rey abraza al héroe en cuyo pecho luce la Cruz Militar...

Las charangas batén marcha, el batallón desfila ante el que fué motivo de sus glorias y escribió con su sangre una de las más bellas páginas del heroísmo legendario, que cortó el paso al invasor...

El intervalo de tregua ha durado poco; del otro lado de las trincheras empiezan a llover obuses y la guerra recuerda que aún quedan muchas víctimas que inmolar y muchos héroes a los que precisará recompensar... Las fuerzas vuelven a sus madrigueras de topo y del maravilloso espectáculo ya no queda nada..., sólo el retumbar del cañón presta su eco lúgubre el cuadro.

Crucemos el campo de desolación y muerte y dejémonos caer en el lado opuesto del frente, donde el cuartel general alemán tiene instalada su oficina de mando en una población francesa, recién evacuada por el enemigo.

El ir y venir de motos y de ordenanzas, nos demuestra que la actividad militar llega a su máximo. Diríase que el nerviosismo de los jefes se comunica a los soldados...; lástima que tanto vaivén sea sólo nuncio seguro de muerte y exterminio...

Nos hallamos en una de las dependencias donde el Servicio de Inteligencia, o mejor dicho, la Organización de Informes y Espionaje tiene instalados sus servicios.

Mejor que nuestra descripción, nos dará idea de la situación el diálogo que sostienen los dos jefes del sector, tipos perfectos del militar teutónico.

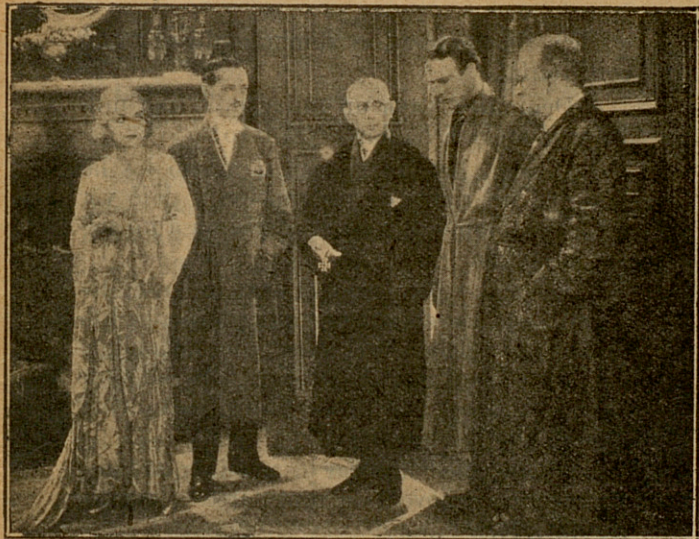
—Mi comandante, no comprendo la razón por la cual nos hemos de mantener con sólo quinientos hombres en un sector que es barrido continuamente por el fuego indiable del enemigo...

—Capitán Schutz, es que el departamento central de Berlín quiere que cojamos bastantes prisioneros para establecer la cantidad de las fuerzas enemigas y de sus situaciones en los atrincheramientos...

—Con todo el respeto, me permito objetar, mi comandante, que a veces el dar crédito a los informes de los prisioneros, es andar equivocados, pues si bien éstos hablan mucho, se callan lo que más nos interesaría, por un patriotismo verdaderamente comprensible...

—Sin embargo, ayer capturamos a una "nurse" que podría ser para nosotros una informadora de gran valor..., pero no quiere hablar...

—Que comparezca a mi presencia y la interrogaré, a ver si logramos obtener de ella



— Se la quité a un oficial alemán.

los datos que necesitamos y que con tanta insistencia nos piden...

Salió un ordenanza y apareció una joven de bellísimas facciones, que realizaban el tocado de enfermera con que iba ataviada... Su uniforme era el de las enfermeras belgas, aun cuando la Cruz Roja, en su internacionalidad, casi había borrado los distintivos nacionales,

Al verla aparecer, el comandante exclamó con ironía:

—Demontre, vaya un milagro..., una mujer y se niega a hablar... ¡es raro!

La recién llegada apenas si movió los labios con un rictus de resignación y dejó ver en su semblante que estaba decidida a no soltar la lengua.

—Señorita—prosiguió el comandante, tomando esta vez su voz un tono ya menos humorístico—, debe usted saber, que mi obligación es obligarle a declarar y para ello me valdré de varios medios... entre los muchos que tengo a mi alcance.

—Puede usted emplear los medios que quiera—replicó la joven sin inmutarse—, que yo no hablaré.

—Pues usted hablará—gritó enfurecido el comandante, avanzando al encuentro de la joven.

Esta le dejó llegar, y cuando más amenazadora era su actitud, le dijo:

—Ha caído usted en la trampa y veo que mi "camouflage" es real... ya es hora de que sepa usted quien soy yo en verdad. Soy la agente Z-I, del servicio de espionaje alemán... me he dejado coger prisionera para menos infundir sospechas y poder de esta manera llegar hasta aquí, como si fuera el azar quien me llevara...

—¡Ah, comprendo!—exclamó confuso el comandante.

La joven cuyo nombre había desaparecido bajo la denominación de Z-I, continuó sonriente:

—¿No le parece a usted que en esta forma puedo llevar a cabo cualquier misión, por peligrosa y difícil que esta sea?

—Naturalmente—respondió el comandante—; y va usted a ver lo pronto que utilizo yo sus servicios. En primer lugar, un saludo para usted de parte del mariscal Hindenburg por lo bien que realiza usted su cometido, y luego... tengo una misión, que si sale usted de ella con el éxito que espero... ¡salvará usted a nuestra patria y ayudará a que ganemos la guerra!

El comandante se aproximó a la joven y le ciñó en la muñeca una pulsera, regalo del propio Kaiser, que así recompensaba los servicios de la espía.

Luego, sacando un abultado pliego del armario, empezó a leerlo.

—El jefe del espionaje se llama Blecker. Actúa por cuenta de Alemania en Inglaterra y usted deberá secundarle, aun cuando no tratará usted directamente con Blecker, sino con Schiller, que es su cabeza visible.

El rostro de la joven dibujó una extraña sonrisa, cuyo significado sólo comprendemos más adelante. El comandante continuó:

El agente Z-I saldrá inmediatamente para las costas inglesas. El submarino U-56 la está esperando entres los 6 de longitud y los 53 de latitud.

Después de desembarcar, recibirá instrucciones. Procurará instalarse en la mansión de Lord Chamberlain, primer Lord del Almirantazgo inglés.

—Magnífico—dijo la joven—. ¡Sólo esperaba actuar en forma que se viera mi sagacidad en las lides del espionaje!

—Para ayudarla en su cometido, aquí le entregamos a usted los objetos de uso personal y propiedad particular del hijo de Lord Chamberlain, llamado Roberto, que murió en un hospital de prisioneros ingleses, internados en Alemania. Su muerte ha sido conservada en el mayor secreto y de esta forma, usted será la primera en dar la noticia a sus padres...

—Comprendo—dijo la joven—, y de esta forma yo me introduciré en la casa, diciéndole que yo, como "nurse" del ejército aliado, fui internada en el mismo campamento que él y le amaba con entusiasmo, etc., etc....

—Muy bien, su inteligencia, señorita, me evita dar más detalles; sólo debe usted saber una cosa, que para reconocer a Schiller, en cualquier parte que usted le encuentre, le servirán de contraseña estas palabras: "tres de cara a Oriente", y para completar la iden-

tificación, deberá añadir: "hacia adelante y hacia atrás", entonces ya no cabrá duda de que está usted ante Schiller, que es como si dijéramos ante Blecker, a quien parece tiene muchos deseos de conocer...

—Muy bien, enterada—dijo la joven—, y en cuanto a Blecker, el interés que tengo por conocerle, es debido a que me han dicho que como jefe del servicio de espionaje en Inglaterra, ha prestado grandes servicios a Alemania.

Después de dichas instrucciones, el comandante y el capitán llenaron tres copas de champaña y ofreciendo una a la joven, brindaron por su éxito, al par que elogiaron la rica pulsera presente del Emperador.

A los brindis, se limitó a contestar la joven:

—¡Levanto mi copa por Blecker...!

...y despidiéndose de los jefes del Servicio de Inteligencia, salió de la habitación, demostrando en su semblante una extraña alegría y decisión.

Dos o tres días después ya nos encontramos al agente Z-I, bajo el nombre de Frances Hawtree, navegando en el submarino bajo las aguas del canal de la Mancha como un arma, la más terrible, puesta en juego por los países en lucha. Aprovechando el momento más favorable, y gracias a la intervención de una misteriosa gasolinera, disfrazada de embarcación de recreo, la agente Z-I pisaba tierra inglesa... y de nuevo apareció en las som-

bras un auto y la trasladó hacia el interior. La primera parte del plan, la más difícil, o sea el traslado a su destino, había salido a las mil maravillas...

...y cierta tarde, la misteriosa joven era recibida por la familia Chamberlain, no sin que Lady Chamberlain exclamara:

—¿Frances Hawtree? No recuerdo entre nuestras amistades ninguna familia de este apellido.

Mas como el Teniente Valdar dijera que la joven era en extremo simpática, Lord Chamberlain en persona se apresuró a dar orden de que se la dejara entrar al salón principal de la mansión del Primer Lord del Almirantazgo Inglés.

Se hallaban en casa del Lord en aquellos momentos, sus habituales contertulios. Yates, encargado de vigilar la casa como detective adscrito al servicio de contraespionaje, el general Hawlett, amigo del Primer Lord y Lady Chamberlain.

En primer lugar hemos de presentar a quien ya conocemos bajo el aspecto de un héroe condecorado por el rey de Bélica, a Valdar, a quien encontramos ahora restablecido de sus heridas y desempeñando en casa de Lord Chamberlain, el cargo de mayordomo y persona de absoluta confianza, lo que no es de extrañar, dada su inmejorable hoja de ser-

vicios al lado de los aliados durante la campaña.

Para obtener el cargo citado, Valdar se había hecho recomendar por el jefe de su batallón al general Hawlett y éste a su vez, como amigo de la familia Chamberlain y asiduo de la casa, lo había recomendado al Lord.

De modo que al llegar la agente Z-I, a quien también llamaremos con el nombre que ella adoptó al llegar a Londres, o sea el de France Hawtree, el mayordomo Valdar no pudo reprimir su curiosidad por motivos que también más adelante conocerá el lector, si nos sigue a través de la red de intrigas que van tejiéndose en esta trama de espionaje, que más tiene de verídica que de novelesca, pues sabido es que la realidad supera en muchas ocasiones a la más exaltada fantasía.

Al penetrar Frances en la mansión del Lord del Almirantazgo, fué objeto de gran curiosidad. ¿Quién sería aquella agraciada jovencita, cuyo nombre no era familiar a los señores de la casa y que, sin embargo, aseguraba que su misión era de la mayor importancia...?

Tanto el general Hawlett, como Yates, la observaron detenidamente. Yates la sometió a una fiscalización óptica muy analítica. Para él, todos los que se acercaban a la casa eran indudablemente espías, pero la hermosura de la joven, no dejó tampoco de predis-

ponerle en favor de ella, con las naturales reservas de su cargo. Lady Chamberlain fué la primera que se adelantó a recibir a la joven, con sus finas maneras de gran dama inglesa. Alentada por el gesto de bienvenida, la joven se alentó a romper el silencio y las ceremoniosas reverencias y avanzó hacia Lady Chamberlain.

Esta le indicó un sillón y la joven tomó asiento.

—Hable, por favor, señorita—dijo Lady Chamberlain.

—Mi nombre es Frances Hawtree—dijo ella.

—Bien, señorita Hawtree, diga qué noticias tiene usted de mi hijo... ¿acaso está herido?...

—Sí, milady—dijo Frances—, su hijo Roberto y yo estábamos internados en el mismo hospital alemán, como prisioneros de guerra en situación de heridos.

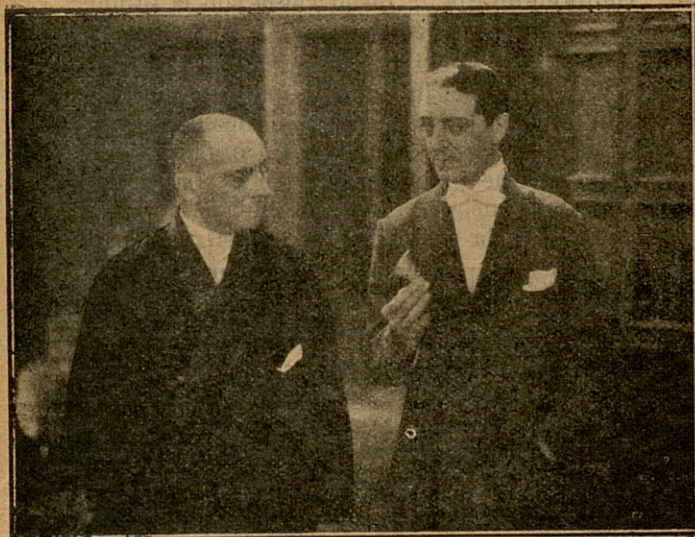
—¿Era grave su herida...? cuente...

—Le conocí herido de gravedad y simpatizamos... era un muchacho tan encantador, que un afecto muy sincero nos unió pronto a los dos...

—...y diga, ¿tal vez mi hijo murió...?

—Cálmese, señora..., la fatalidad nos hiere siempre llevándose lo más querido para nosotros...

—Entonces... ¡mi hijo ha muerto!—dijo



—El tacón quedó en la regilla de la ventilación.

desconsolada la señora Chamberlain, como si ya tuviese la certeza de la pérdida del bien querido.

Frances no contestó, pero un gesto dejó comprender la triste verdad.

En tanto, Valdar se hallaba preparando la habitación destinada por él a Frances. Su instinto no le había engañado y prontamente

comprendió que la joven venía con el propósito de instalarse en la casa.

Fué tanto el cuidado que puso en el adorno y limpieza de la habitación, que las sirvientas empezaron a gastarle bromas, diciéndole que si era a la Reina en persona a quien esperaban, ya que mandaba incluso perfumar las sábanas e instalar en la habitación todos los detalles de la coquetería y del refinamiento.

Pero por prudencia... también revisó el equipaje de la recién llegada, separando de la magnífica pistola que ésta llevaba, el bien repleto cargador.

Una vez ultimados los detalles, incluso llevó su galantería al extremo de cortar las rosas predilectas de la señora Chamberlain y ponerlas en un búcaro en la habitación de la resunta huéspeda.

En el momento en que dejaba ya lista la estancia, después de inspeccionar la limpieza efectuada por las domésticas, sonó el timbre y Valdar compareció a presencia de Lady Chamberlain, que solicitaba sus servicios.

Cuando Valdar entró en el salón, aún pudo contemplar la última fase de la escena, maravillosamente representada por Frances.

Esta, abrazada a Lady Chamberlain, le decía:

—Comprendo su dolor de madre... pero sírvale de consuelo saber que murió como un

héroe... Siento con usted la honda pena, pues yo también le amaba.

Lady Chamberlain no pudo contestar; su dolor de madre, ahogaba la voz en la garganta y sólo en una mirada, preñada de agradecimiento, demostró su reconocimiento a la joven.

Esta, juzgando llegado el momento de poner en práctica la segunda parte de su plan, intentó levantarse y dijo:

—Señora, ya he cumplido la misión que había prometido a su hijo, ahora debo retirarme...

—De ninguna manera, señorita; usted se quedará con nosotros, tengo tantas cosas que preguntarle, el corazón de una madre ansia saber tantos detalles, que no la dejo partir... hablar de mi hijo con usted será el mayor de mis consuelos... un calmante para mi tristeza...

—Comprendo su situación—señora... y no puedo negarme... hablando de su hijo, parecerá que viva aún para nosotras...

Lady Chamberlain, serenándose, hizo que adelantara Valdar y le dijo:

—Valdar, la señorita Hawtree será nuestra huéspeda, mande preparar una habitación para ella.

—Señora, ya está preparada la que ocupó Sir Riberto—dijo Valdar, y saludando respetuosamente salió del salón.

Después de salir Valdar penetraron en el salón m^{rs} Yates y el gen^l Hawlett, que acercándose a Lady Chamberlain, le dijeron en tono sinceramente compungido:

—Milady, hemos oído el relato de la joven y acompañamos a usted en el dolor que experimenta por la pérdida de su hijo Roberto, muerto en el campo del honor.

Agradeció Lady Chamberlain la sentida manifestación de pésame de sus amigos y éstos retirándose a un ángulo del salón, entablaron el siguiente diálogo:

—¿Cree usted, general, la historia que ha contado esa joven?—dijo Mr. Yates.

—¿Por qué no creerla, ya que posee objetos íntimos del desgraciado Roberto y refiere los detalles más personales de su vida?—replicó el general.

Mas Yates, dando a su semblante la expresión de duda, le dijo:

—Pues yo creo que la presencia de esta joven en casa del Primer Lord obedece a algún plan secreto... no olvide, general, que estamos en tiempo de guerra y que nuestros enemigos se valen de todos los medios para enterarse de la ruta de los buques que transportan las tropas que desde los Estados Unidos vienen a defender la libertad de los pueblos, y a luchar por nuestra causa...

—Pero, M^{rs} Yates, usted es terrible. No me extrañaría que usted sospechara del chó-

fer, de la cocinera y hasta del mayordomo Valdar...

—Poco me costaría, general, sospechar de Valdar, pues si bien combatió con el ejército belga y fué condecorado, no hay que olvidar que sus padres son de origen alemán y que la voz de la raza puede algún día dejarse oír con fuerza en sus venas.

—Tenga usted en cuenta, Mr. Yates—replicó algo amoscado el general Hawlett—, que si Valdar no fuera de absoluta confianza, yo no lo hubiera recomendado a Lord Chamberlain.

En este momento, acertó a cruzar la estancia Valdar y Mr. Yates, que como hemos dicho, tenía por misión continua el indagar, le preguntó:

—¿Cree usted, Valdar, en la historia que ha referido la joven?

—Sir, no puedo contestar con tanta rapidez a esa pregunta...

—Pues, entonces, no la pierda usted de vista—añadió Yates.

Frances Hawtree en casa del Primer Lord del Almirantazgo, se le presentó inmediatamente la primera complicación en su difícil misión. Arturo, segundo hijo de la casa, regresaba a convalecer de una herida sufrida en los campos de batalla y en ocasión de la evacuación de la aldea de Voisin.

Al mostrarle la atribulada madre el retrato, exclamó Frances:

—¿Acaso ha sido herido en Voisin? Recuerdo haberle visto en aquel sector en ocasión de la salida de los convoyes de heridos..., pero no recuerdo más detalles.

—Bien pudiera ser—dijo Lady Chamberlain—, pues yo no puedo saber en que punto del frente se hallaba, ya que, según orden del Estado Mayor, les está prohibido a los soldados el hacer constar en las cartas el punto en que se encuentran, a fin de evitar la labor de los espías en caso de que la carta sufriera extravío.

Frances, a fin de evitar que siguieran preguntándole, dió muestras de gran cansancio e inmediatamente dijo Lady Chamberlain:

—Retírese a descansar, que bien merecido tiene el reposo.

Fué Frances hacia su habitación y al penetrar en ella, llamóle la atención lo bien decorada que estaba le estancia.

La idea de Valdar no podía ser más galante, ya que daba por cierto que Frances era el tipo de la belleza intelectual y apuntaba en forma indirecta que el huracán acerca una a otra flor...

A poco de penetrar en el cuarto, llamaron de nuevo a Miss Hawtree, para presentarla al recién llegado, Arturo Chamberlain. Este, después de tranquilizar a su madre sobre la



—Escóndame; soy un cómplice de Blecker.

herida, que era más molesta que grave, fué presentado a la huésped, de cuya belleza quedó maravillado.

—Me parece recordar a usted—dijo Arturo a Frances—. Tiene usted la misma cara que una nurse que vi en Voisin y a la que no olvidaré nunca...

—Tal vez se equivoca mi hijo — insinuó

Lady Chamberlain—, pues la señorita nos ha contado que estuvo hace unas semanas en un hospital, con tu hermano Roberto...

—¿...Y Roberto?—preguntó ansioso Arturo.

El semblante de todos le dió la respuesta... la tristeza reinaba en todos los corazones... Arturo no insistió y comprendió que el dolor de su madre, por la pérdida de su hermano Roberto, no debía aumentarse con nuevas preguntas que renovarían sus lágrimas...

Variando de conversación y conduciéndola a su antiguo cauce, insistió Arturo:

—Sí, Miss Hawtree, yo juraría que la he visto antes; usted es aquella enfermera heroica.

—No, Sir Arturo—dijo Frances, temiendo verse cogida en un equívoco—. Yo estaba hasta hace poco en un campamento de prisioneros en Alemania.

—No, mamá—dijo Arturo, dirigiéndose a su madre—, aquella enfermera es la señorita. ¿Cómo olvidarla, si hizo lo que ningún hombre se atrevió siquiera a intentar?... Evacuábamos la plaza bajo el fuego enemigo, y ella se negó a salir del alcance de los obuses mientras quedara en el recinto un solo herido, y así lo hizo, exponiendo su vida a cada momento.

—Lo único que lamento—siguió diciendo

Arturo—es que luego perdí sus huellas al ser trasladado a otro hospital de sangre.

El aviso de Valdar de que la mesa estaba servida, interrumpió la conversación, salvando a Frances de una situación bastante apurada, ya que lo más fácil hubiera sido el que hubiese incurrido en varias contradicciones que hicieran sospechar de que cuanto había referido acerca de Roberto era pura invención.

Después de la comida, que transcurrió en medio de una conversación general y versando sobre temas insustanciales, Frances se retiró a sus habitaciones, a las que le acompañó Valdar. Al retirarse, se inclinó respetuosamente, diciendo a Frances:

—Si la señorita desea algo más, no vacile en llamarme.

Frances, que había estado observando a Valdar, recordó las instrucciones que había recibido del departamento de espionaje y decidió saber de una vez si se hallaba en presencia del espía Schiller, en cuya colaboración debía trabajar desde su llegada.

—Dígame — preguntó al mayordomo—: ¿Estas dos ventanas, están situadas de cara a Oriente?

—He de advertir a la señorita—respondió Valdar—, que hay otra ventana en el aposento.

—¿De modo que entonces son “tres de cara a Oriente”?—insinuó Miss Hawtree.

—Para ser exacto—replicó aún Valdar—, son cuatro las ventanas, pues hay otra... una en el cuarto de baño.

—Pero a mí sólo me interesa *las tres de cara a Oriente*—volvió a decir Frances.

—Bien, señorita—dijo Valdar, haciendo ademán de retirarse.

—Un momento, Schiller—dijo Frances.

No obstante oír este nombre, Valdar no demostró la menor emoción. Pero Frances, segura ya de hallarse ante quien debía presentarse, volvió a preguntar:

—Dígame ¿y estas tres ventanas de cara a Oriente, cómo se abren?

—Señorita, se abren *hacia adelante y hacia atrás*...

Conforme—dijo Frances—, a que fingir más; desde el primer momento tuve la impresión de que usted era Schiller.

—Perfectamente—dijo el mayordomo—, y ahora que ya sabemos mutuamente quien somos, puedo devolverle lo que es de su pertenencia... y sacando el cargador de la pistola, lo reintegró a Miss Hawtree.

Luego, ya sin ambages de presentación ni rodeos, empezaron a hablar de sus planes y de su situación en la casa.

—Ha sido usted recibida con todos los honores—dijo Valdar a Frances—, pero encuen-

tro en usted un defecto..., es usted demasiado hermosa...

—No le preocupe a usted este detalle—replicó la joven—, lo que a mí me interesa es conocer pronto a Blecker; su solo nombre ya me emociona, dicen que es un hombre muy interesante...

—No lo creo—dijo Valdar—. Es un hombre frío, maquinal, todo lo supedita al supremo interés de la patria...

En estos momentos de la conversación llamaron a la puerta y para disimular, dijo Valdar con el tono ceremonioso, que tanto cuadraba a su cargo de mayordomo:

—Muy bien, Miss Hawtree..., traeré las pastas y el café que se ha servido pedirme.

El que penetraba en el aposento de Miss Hawtree era Yates, que para disimular la verdadera intención de su presencia, se apresuró a decir:

—He oído la voz de Valdar, y como he perdido mi pipa, me he atrevido a entrar para preguntarle si la había visto.

—La buscaré, Sir—dijo Valdar—, pero al mismo tiempo y al descubrir la pipa en el bolsillo de Mr. Yates, se la substraño hábilmente y se la guardó.

Momentos después, Valdar se la devolvía personalmente a Yates diciéndole:

—La pipa estaba donde Sir Yates la había dejado... en la librería... y sonrió con aquella

sonrisa enigmática que al decir de las gentes, tenía también Blecker a quien en realidad, nadie conocía personalmente.

La misma noche de la llegada de Miss Hawtree y cuando todo dormía en la señorial mansión, Valdar y la joven, sostenían el siguiente diálogo:

—La guerra ha llegado a su momento decisivo—decía el mayordomo.

—Esta es la razón de mi presencia aquí—replicó Miss Hawtree... diga, ¿qué hemos de hacer? — agregó brillando en sus ojos, el ánsia de saber al fin cómo se manejaba Schiller y cuál era su misión concreta...

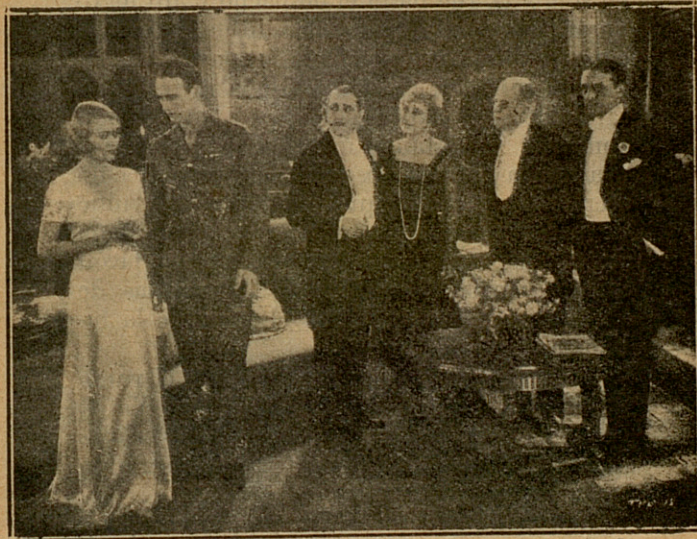
—Sencillamente—dijo Valdar—. Usted ha venido aquí para secundarme y su misión consiste en averiguar la fecha de salida y la ruta de los transportes de tropas aliadas, que están al zarpar de Nueva York, con rumbo a Europa, conduciendo material de guerra y soldados, alistados bajo el pabellón americano.

—Estoy dispuesta a obedecer — dijo Frances...

—Pues entonces en primer lugar, averigüe la combinación de la caja de caudales y luego trate de enterarse de los documentos secretos que contiene la valija, que cada mañana mandan desde el ministerio de Marina, para Lord Chamberlain.

—Conformes — dijo Frances.

Los dos espías despidiéronse, dispuestos a



— Usted es la enfermera que ví en Voisin.

seguir representando en la casa el papel que se habían asignado.

Al día siguiente Frances estuvo acechando el momento en que Lord Chamberlain recibía su valija y oculta entre los cortinajes, pudo ver cuál era la combinación para abrir la caja de caudales. Cautelosamente esperó a la noche y al hallarse la mansión envuelta

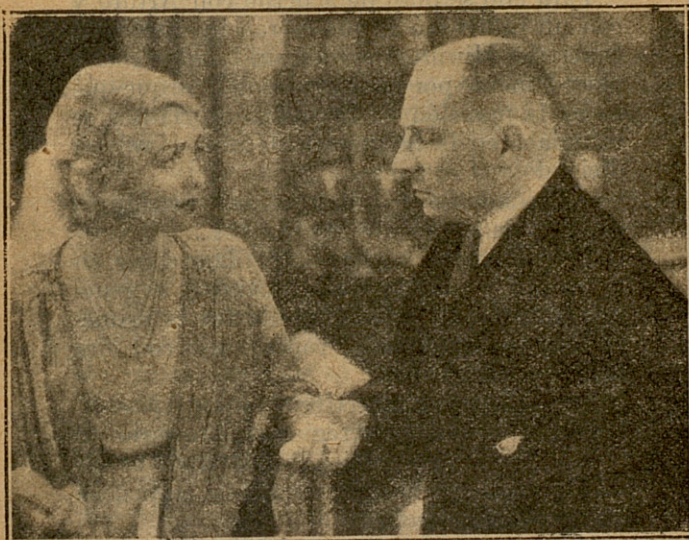
en sombras, fué hasta el despacho y allí logró pasar desapercibida, probando de abrir la caja de caudales, hasta que lo logró. Allí estaba el sobre en el que constaba la fecha de salida de 17 transportes de guerra, que debían conducir importante material y soldados... ¡ya estaba pues en posesión del tan codiciado secreto...!, pero en aquel momento, oyó ruido de pasos y hubo de emprender precipitada fuga... con tan mala fortuna, que su tacón quedó enredado en una de las rejillas de ventilación distribuídas en el suelo de la biblioteca.

Tuvo tiempo de desaparecer, pero el ruido de sus pasos, llamó la atención de Mr. Yates, del general y del propio Lord Chamberlain, que se dirigieron a la biblioteca, encontrando el tacón de la joven...

Afortunadamente Valdar, para advertirla y darle tiempo, derribó una mesita de la biblioteca, dando como excusa su nerviosidad...

Sin embargo las sospechas ya estaban desveladas y Sir Yates concibió un plan atrevido, pues había descubierto un nuevo detalle... una pulsera de oro con la Cruz de Hierro... el regalo que el Emperador de Alemania hiciera a la espía había quedado en el suelo y Sir Yates lo había recogido...

Afortunadamente, Valdar llegó a tiempo y sin perder su sangre fría, dió la siguiente explicación:



— ¡Sepa usted que Blecker soy yo!

—No le extrañe esta pulsera con la Cruz de Hierro... es mía... la quité a un oficial alemán, a quien di muerte, al asaltar una trinchera en Bélgica y la he conservado siempre como recuerdo...

No obstante, Yates tenía su plan y trató de ponerlo en práctica cuanto antes, para saber a qué atenerse respecto de Frances Hawtree.

Para ello se puso de acuerdo con Arturo y con un individuo al que dieron instrucciones concretas. Minutos después, un hombre corría alocadamente por las avenidas del Parque que rodea la mansión de Lord Chamberlain y se refugiaba en la habitación de Miss Hawtree, diciéndola al entrar:

—Escóndame... pronto... me persiguen, soy uno de los agentes de Blecker...

Pero Frances, astuta, no se dejó coger en la trampa y cuando Yates, Arturo y el general, entraron en su cuarto, ella fué la primera que, mostrándoles el ropero, dijo con aire burlón a Mr. Yates:

—Usted, señor detective, que ve espías en todas partes, ¿cómo no registra mi armario...?

...y Yates vióse obligado a detener al individuo que se había prestado a la prueba que él juzgaba decisiva.

Mas los acontecimientos debían precipitarse y las incógnitas que rodeaba la actuación de Valdar y de Miss Hawtree, estaban próximas a descifrarse por completo...

Al salir Yates y Arturo de la habitación de Miss Hawtree, pidiendo excusas por haber sospechado de que quisiera albergar a un espía, entró en ella Valdar, que rápidamente abordó a Miss Hawtree.

—No perdamos tiempo Miss, deseo saber ahora mismo el número de transportes de tropas y la ruta que han de seguir... no estoy

aquí para perder el tiempo llamándola hermosa...

—Pero Valdar—replicó con coquetería Miss Hawtree—. Usted está enamorado de mí y no se atreve a confesarlo. Usted me ha visto hablar con el hermano de Sir Roberto y tiene celos... Debe usted saber que me he visto obligada a fingir que soy la nurse que él vió en Voisin, para que me deje en paz...

—...y todo ello, ¿por qué?—inquirió Valdar con rudeza...

—Muy sencillo — replicó Miss Hawtree—, porque Arturo ha descubierto que yo no podía ser la novia de su hermano ya que Roberto se había casado secretamente en Londres con una mecanógrafa..., pero usted me ama... Valdar...

Y Miss Hawtree, como si el seducir a Valdar fuera parte de su plan, se abandonó en sus brazos, ofreciéndole sus labios...

Pero éste reaccionó pronto y, dueño de sí mismo, prosiguió:

—Pronto, déme usted el número y la fecha de los transportes, dígame la ruta y, estos datos decisivos, darán la victoria a nuestra patria... luego... ya tendremos tiempo para nuestro amor... viaje de novios... felicidad, allá en nuestro país.

—Pronto voy a secundarte—dijo Miss Hawtree tuteándole—, pero deseo saber una cosa... ¿quién es Blecker...?

Valdar vaciló, pero perdida su serenidad y ante el acoso de tener que comunicar la ruta a los submarinos, contestó con orgullo:

—Sépalos de una vez... ¡Blecker soy yo!... y ahora mismo, voy a ponerme en comunicación con los sumergibles que esperan mis órdenes..., las órdenes del famoso espía Blecker... la esperanza de Alemania.

Echó a correr hacia unos sótanos de la mansión situados en un apartado rincón del jardín. Miss Hawtree le seguía de cerca. Ya en el sótano, Valdar (a quien ya podemos llamar ahora por Blecker, su nombre) hizo funcionar la emisora de radio que tenía allí oculta, entre trastos inservibles.

Pero rápida, Miss Hawtree le encañonó con la pistola, diciéndole:

—La comedia ha terminado, Blecker... también ahora sabrá usted quién soy yo... asómbrese... ¡una espía al servicio de Inglaterra, que no tiene otra misión que detener a usted... a Blecker...!

Valdar empezó a radiar... la lucecita de la emisora daba con sus interrupciones de luz y claridad un aspecto sombrío a la estancia... un signo más y la suerte de miles de hombres, estaba decidida... morirían en el fondo del mar... al ser torpedeados los buques transportes...

—¡Alto — gritó Miss Hawtree —, si radia usted la noticia... disparo...!

Valdar no le hizo caso y continuó...

Sonaron uno... dos... tres disparos y Blecker cayó desplomado...

—No me quejo, Miss Hawtree — dijo al expirar—. Yo hubiera hecho lo mismo... ¡mi patria lo exigía...!

Dos horas después Miss Hawtree se daba a conocer a los habitantes de la mansión de Lord Chamberlain en su verdadero aspecto, refiriéndoles lo ocurrido y la forma cómo había podido ganar la confianza de Blecker...

Arturo insistió nuevamente en que ella se quedara... ya que el amor la debía retener junto a él... pero a Miss Hawtree, mujer o demonio, pero fiel al servicio del espionaje, manera oscura y gloriosa de luchar por Inglaterra, la llamaba de nuevo el deber. Allí en Suecia donde un espía... un tal Paul Svensen, había de caer también bajo su astucia femenina...

¡Para Frances era antes deber que amor!

FIN

CANCIONERO POPULAR

32 páginas de texto. - 30 céntimos

TOMOS PUBLICADOS:

CARLOS GARDEL

IMPERIO ARGENTINA

JEANNETTE MAC DONALD

JOSÉ MOJICA

ROBERTO REY

BLANCA NEGRI-ALADY

ENRIQUETA SERRANO

FELISA GALÉ

CELIA GÁMEZ

ORQUESTINA PLANAS

L. HARVEY - H. GARAT

MAURICE CHEVALIER

RAMPER

AZUCENA MAIZANI

MARIO VISCONTI

EL CANTE JONDO

DOBBY HAAS

LUPE RIVAS CACHO

— PEDIDOS A —

EDITORIAL

"ALAS"

Apartado número 707

BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

Maurice CHEVALIER

ha editado



5

grandes

EL TENIENTE SEDUCTOR

super-

producciones de la cinematografía sonora



Cimarrón

Dirigible

El Teniente del Amor

La dama de una noche

cuyos intérpretes son:

RICHARD DIX

JACK HOLT

DOLLY HAAS

FRANCESCA BERTINI

Publicados en elegantes tomos de 104

páginas de texto e ilustraciones. UNA pta.

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS"

Apartado de Correos 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis